

hombre está centrado en sí; en Frisch, quiere huir de sí. En cierto modo representan dos momentos de una cultura que no sabe en qué apoyarse, cuya última nobleza reside, según diría el Homo Faber, en haber sido. Al Homo Dei, concebido en un sueño y al borde de la muerte, sucede el Homo Faber que ha dominado la materia, pero se ha puesto de espaldas a la vida.

Una solución semejante a la de Mann en el campo de la convivencia social, propone Frisch en su última obra dramática, *Andorra*: sólo en virtud de la humanidad, de la bondad y del amor se pueden superar los prejuicios y las convenciones sociales. Frisch busca una solución de armonía, aunque el retrato que nos da de la sociedad contemporánea sea agrio y sarcástico, tanto en sus novelas como en sus obras dramáticas. Agudo, irónico y poético, Max Frisch es un verdadero escritor que fue llevado a esa vocación por un impulso que venció muchos obstáculos. Hijo de un arquitecto, terminará por serlo, pero no sin pasar por varias experiencias: siguió estudios humanísticos en Zürich, su ciudad natal, pero los interrumpió para dedicarse al periodismo y viajar, especialmente por Grecia y Turquía. Esta experiencia duró tres años y, en 1936, a los veinticinco años se inscribió en la Eidgenössischen Technischen Hochschule para seguir estudios de arquitectura. Se diplomó en 1941 y, al año siguiente, abrió su taller; pero en 1943 ya publica su primera obra *Die Schwierigen oder J'adore ce qui me brûle*, a la que sigue *Santa Cruz* (1944), *Nun singen sie wieder, Bin oder Die Reise nach Peking*, novela breve de 1945, la farsa *La muralla china* (1946), *Als der Krieg zu Ende war* (1948), *Tagebuch*, 1946-1949, *Graf Oederland* (1950), la comedia *Don Juan o El amor por la Geometría* (1952), las novelas *Stiller* (1954) y *Homo Faber* (1957), publicadas ambas en castellano por la Editorial Seix Barral de Barcelona, los dramas *Bidermann y los incendiarios*, *La gran cólera de Philipp Holz* (1958) y *Andorra* (1961). Max Frisch estuvo por un año en Estados Unidos y México en 1951. Reflejo de esa permanencia son varias escenas de *Homo Faber*, obra de destino y sátira que es una de las grandes novelas de este tiempo.

Roque Esteban Scarpa.

<https://doi.org/10.29393/At396-67NGLY10067>

Norte Grande, de ANDRÉS SABELLA

La vigencia de esta obra aparecida en 1944, no sólo queda de manifiesto con su reciente segunda edición, sino porque en la zona de tiempo comprendida entre aquel año y el presente, no sabemos de otros libros que entreguen como el que destacamos, una verdad tan rotunda promovida por el norte chileno así en lo literario como en lo humano. Notables son, y debemos subrayarlo, las obras narrativas o de expresión lírica, cuajadas sobre aquella geografía contradictoria, elemental y profunda, en los últimos años. Los escritores han sazonado una faena de reiteración o de exaltación unifrontal y los poetas han cavado en la temática con diferente fervor o decisión. Entre esos hervores ya magníficos, ya esperanzados, persiste la musculosa y lumínica contextura del libro de Sabella. Conviene, pues, en este momento, un serio examen de su naturaleza y su dimensión.

Cada generación de artesanos del espíritu se define en cada intento por su insurgencia cabal, visible, sensible en sus frutos más que en sus proclamas. La nuestra, denominada "generación del año 30", no insultó a nadie, no escarneció escuelas o caminos ya abiertos y logrados, no buscó estrados para gritar quitándose la chaqueta, porque en aquel tiempo el nuevo escritor, poeta, o pintor, iba en busca de formas que expresaran las afinidades del hombre con la tierra y consigo mismo. Se escribía, se plasmaba, se maduraba en una ardiente y dolorosa voluntad por encontrarse, mirando a veces lo que fuera hecho por los viejos maestros para establecer la verdad de la propia creación, de la liberación por el temperamento. La generación del 30 lograba su objetivo sin blasfemar contra nadie, pues siempre mantuvo encendido el elogio para aquéllos así como el fervor, la admiración valorativa y clara de su fundamental faena precursora. Pues bien, Sabella, como decenas de escritores, caminó al encuentro de su propia entraña y descubrió la pampa. Su faena lírica de muchos años experimentó en breves meses la subversión de sus esencias bajo el pulso del desierto gris, policromado de óxidos y de sal, y de este modo surgió entre el mar nortino y la serranía guardiana del oro blanco y del metal, el vasto mosaico, el brutal retablo de músculos, fuego, sangre y blasfemias: *Norte Grande*. A despecho de la textura naturalista o realista y la ordenación preceptual, el autor surge con el tumulto de sus episodios, de sus cuadros infernales, de sus brazos de sueños, de sus explosiones ideológicas. Ya en aquellos años por todos los países, el relato novelesco se encabritaba al influjo de nuevas temperaturas humanas y telúricas, y ante tal violencia la crítica conminaba, excomulgaba con el triste éxito que todos conocemos. Sabella se sostuvo bajo el chaparrón y de la contradictoria pirotecnia de los censores extrajo lo que le pareció saludable. Los años sedimentaron su pasión de escritor humano y más que humano y en esta segunda edición nos entrega un "Norte Grande" decantado y firme en sus vivencias estéticas, desbrozado de muchas redundancias y flaquezas que embrollaban perspectivas y planos.

Desdeñando un caudal narrativo central parcelado en zonas de sucesión ineludible, el libro queda estructurado con escenas y episodios enclavados en lo inmediato en un pasado que se conjuga sobre segundos planos contrastales de fuerte reflejo emocional. Esta inmersión e irrupción de la verdad humana y terrígena, de la voluntad, o la desesperación ante el ceño mortífero de la pampa ilímite, crea un nexo insólito y un pulso vital que conforman la entraña y el cauce arterial de la obra. Denominémosla novela concéntrica en que las infinitas porciones, los hirvientes sucesos que sobremontan el drama, giran, desfilan, disparan, encabritan sus ansias, sus impulsos y tornan a su acento de vida y muerte. El libro fija la historia del salitre y de la pampa desde el primer hombre que lo descubrió. El desierto arde allí quemando las raíces del coraje y las noches glaciales aprietan y aceran la entraña forastera. No hay en el libro otro dios y otro héroe sino la pampa, a la cual se hermana el capital para atraer a legiones de hombres desesperados, que luego mueren roídos por la silicosis, las plagas sexuales y el alcohol o fulminados por la metralla represiva de gobiernos sumisos al imperialis-

mo. El sol, el esfuerzo brutal de una faena mortífera, empujan a estos hombres sobre todos los espejismos. Desesperados intentos que se vuelcan en los abismos de la lujuria y de la idiotez alcohólica. Nombres diversos, hombres y mujeres se mueven en encrucijadas decisivas y caen sobre el fondo hirviente de la vida fatalizada. Encontramos en cada capítulo epígrafes de sangre, terror y muerte, bajo los cuales se abren cuadros al rojo estremecidos por el temblor del crimen, el horror del hambre, el tenebroso egoísmo, la abyección del vicio: "Los puñales", "El capote", "Los pulmones de Tirso Catoya", "La Chana", "Se lo está comiendo la pampa", "Cierta mañana, un enganche".

Un realismo integral instrumenta el conjunto de la novela-mosaico. Se yuxtapone a la descripción directa, escueta, cabal, la imagen poética opulenta o sutil, el lirismo fresco, generoso, inédito. Ello permite una prosa multisonora y policroma de sólida trama y ritmo constante. Al azar leemos: "Su cama deplorable. ¡Eh, bestia, tírate a dormir! Juan Romero hunde con su cuerpada la cama y chilla el sommier. ¡Maldición de ruido! Entorna los ojos, suspira. Ninguna palabra enturbia la tarde. Una mosca rasga la penumbra". Y este instante en la Oficina Pedro de Valdivia, "La Pedro": "Había paz en la calle. Algunos camiones polvoreaban la noche indecisa. Andaba el viento de carrera y en el cielo las estrellas semejabán un manchón de abejas azules". O estos momentos del hombre vencido: "A los cinco minutos, su pluma canta encima de las hojas, lo mismo que un ave borracha en un campo de amapolas blancas". Y el candente símbolo: "Se engañan. Los tres pampinos desean fugarse, entrar con su juventud desplegada, al torbellino de las capitales y robar la más linda mujer... En la pampa no hay sino una mujer: la pampa. Mujer intocable, mujer que no es sino una presencia, una orden de deseo y de muerte. ¿Quién ha visto sus senos? ¿Quién la ha besado?".

Sabella, desde muchacho soñó con robarle a la pampa alguna gema de su horizonte y de su entraña divina. Hijo del norte, padecía y soñaba aquella terrible presencia cósmica. Dice en una carta reciente: "Pensaba en la novela, como la concluí: la pampa puesta entera a disposición del tiempo. La pampa, como espacio. Sobre ella pasarían las cosas de su vida; su nacer, su crecimiento, sus sangramientos. El personaje no podría ser otro que la tierra pampina. Encima de su dramatismo iría el dramatismo humano. Por lo demás la pampa no retenía demasiado a los hombres; éstos siempre fueron de un lado para otro. De ahí las dos partes del libro: la primera para contar y cantar la vieja pampa; la segunda, para centralizar la nueva acción, porque la pampa nueva concentró a los hombres con violencia. Por tal razón surge Rosendo Aguilera, el héroe más visible". En otra parte de su autocrítica, el autor explica: "La imaginación tiene que trabajar, caldeada y en delirio de poesía. La pampa es poética: los que la juzgan dura, no deben conocerla: ¿hay algo más poético que la infinita soledad de sus cielos, de sus lejanías? ¿Hay algo más poético que el espejismo, más mentira poética que el espejismo?" "Si no hubiese dejado suelto el animal de las imágenes no habría concordancia entre la generosidad del paisaje y su transcripción". "Además, yo no quise narrar una vida; quise que las vidas que llegaron a

mí, por muchos caminos, sensibilizaran la soledad de la pampa". En un párrafo final toca la concepción y el fruto logrado con sus afanes: "Creo haber cumplido: hay poema, hay ensayo insinuado, hay historia y hay símbolos. Ese "relleno revolucionario" que usted señaló alguna vez era el pago a mis ideas hirvientes en 1942 cuando escribí el libro. Esta vez está en pie la fe..." "La nueva edición fue sometida sin pena a un proceso de "matar hijos". Volaron imágenes, palabrotas. La documentación es exacta. Aporta noticias y trae primicias como aquella página en que los obreros quisieron salvar a Mr. Jones, herido en la refriega entre pampinos y soldados".

Al cerrar el libro, no sabemos si por fuerza del drama y del hechizo, se fija en nuestra mente desvelada la primera frase: "Pampa abierta. No es posible que nada se esconda a los ojos de la muerte..." "Y en el firmamento el sol se descompone en una carcajada llena de fuego".

El desierto con su oro blanco, y sus serranías donde florecen los óxidos de los metales caros al hombre, está presente en "Norte Grande" con su cabal temperatura humana y su ceño indeleble.

Lautaro Yankas.

Temporal, de HUGO ZAMBELLI.
Santiago de Chile, 1962

Motivo de singular complacencia ha sido para mí leer este bello poemario de Hugo Zambelli, quien ha publicado gran parte de su obra en Europa, donde ha residido durante largas temporadas, siendo traducido a diversas lenguas, antologado y elogiado por la crítica literaria, allá, de suyo, severa y exigente.

Poesías (París, 1951), *Cantos* (Roma, 1952) y *Vida, tan prodigiosa* (Madrid, 1961), conforman su bagaje literario, al que debe agregarse *13 poetas chilenos* (Valparaíso, 1948), obra que fue muy discutida en su época. Los textos insertos en el penúltimo título citado han sido incorporados a *Temporal*, enriquecido, además, con otros tantos poemas inéditos, igualmente cuidados en su forma y similares en su trasfondo, pues la alegría y la delectación frente a lo hermoso, constituyen los motivos principales.

Parte importante de los poetas modernos de Chile nos tienen acostumbrados a fúnebres y dolidas creaciones o a enfermizos llantos, donde la ramplonería y el mal gusto se enseñorean tranquilamente. De otra parte, la nociva tendencia a la novedad mal entendida, a los insólitos juegos de palabras, a un desprecio por la gramática, entre mil vicios, han llevado a la poesía al descrédito más completo. Como la mayoría de sus cultores no tienen nada importante que decir, se hace muy bien en no leerlos. A este respecto es necesario citar a Ortega y Gasset, quien escribe en su obra *Misión del Bibliotecario* lo siguiente: "Constantemente se producen libros en abundancia torrencial. Muchos de ellos son inútiles o estúpidos, constituyendo su presencia y conservación un lastre más para la humanidad, que va de sobra encorvada bajo sus otras cargas".